

Recibió Fidel al Diputado e Intelectual argentino Miguel Bonasso **14 de Septiembre de 2006**

El presidente Fidel Castro Ruz recibió al mediodía de ayer al presidente de la Comisión de Recursos Naturales y Medio Ambiente de la Cámara de Diputados de la República Argentina, Miguel Bonasso, quien se encuentra en Cuba como representante personal del Presidente de su país a la reunión del Grupo de los 15, la cual sesionará hoy en ocasión de la 14 Cumbre del Movimiento de Países No Alineados.

En emotivo y fraternal encuentro, Fidel mostró al destacado escritor y periodista argentino el primer ejemplar de la segunda edición cubana, revisada y enriquecida con nuevos datos, del libro "Cien horas con Fidel", el cual le será obsequiado a los Jefes de Estado y de Gobierno y otras personalidades presentes en la Cumbre de los NOAL.



El Comandante en Jefe contó a Bonasso el intenso proceso de revisión del libro, al que dedicó numerosas horas, aún en medio de las estratégicas tareas de conducción de la Revolución Energética y los fabulosos programas educacionales y de la salud en los que el país está empeñado. Dijo que se convirtió para él en algo muy importante, no solo por las necesarias precisiones de contenido, sino por el compromiso que había hecho con el pueblo de revisarlo, para imprimir una nueva edición que pudiera distribuirse en todo el país.



Una y otra vez revisó cada capítulo del libro hasta el más mínimo detalle, incluso durante el viaje a Argentina, la intensa jornada del 26 de Julio y en el proceso de recuperación tras la intervención quirúrgica, aun en los momentos más complicados, cuando no sabía de cuánto tiempo dispondría para hacerlo, con el objetivo de cumplir su compromiso con el pueblo. El resultado es una edición más acabada, con profundas e importantes reflexiones y documentos inéditos que añaden más valor al excepcional testimonio del líder de la Revolución Cubana.

Fidel y Bonasso también intercambiaron opiniones sobre diversos temas de interés de nuestra región y en especial sobre el desarrollo de la Operación Milagro, por la cual han sido operados de la vista en apenas dos años unos 400 000 pacientes, la gran mayoría latinoamericanos y caribeños. Además de los avanzados centros con que cuenta el país, donde se han realizado la mayor parte de esas operaciones,

Cuba ha instalado Centros Oftalmológicos de alto nivel en Bolivia, Ecuador, Guatemala, Haití y Venezuela, para atender pacientes de esos países y de naciones aledañas. En Bolivia, donde están instalados varios centros, la capacidad de operaciones de la vista alcanza más de 100 000 personas anuales.

Durante el encuentro, Bonasso regaló a Fidel una cartera de viaje, como expresión de su confianza en que continuará viajando por el mundo llevando la voz y el mensaje de Cuba. Le expresó que lo veía mucho mejor que lo que se había imaginado a partir de lo publicado y lo apreciaba con el mismo espíritu y la lucidez con que le vio en Córdoba en julio pasado, cuando compartieron varios momentos durante los días de aquella visita.

Fidel agradeció a Bonasso su presencia en Cuba y su apoyo decidido a los proyectos integradores latinoamericanos, como lo ha demostrado con su participación en varios encuentros de intelectuales de la región y su presencia en la presidencia y como orador en el multitudinario acto en la Plaza de la Revolución el pasado 3 de febrero, cuando le fue entregado al Presidente Hugo Chávez el Premio Internacional José Martí, y en la presidencia del histórico acto del 29 de abril, cuando se concretó la incorporación de Bolivia a los acuerdos del ALBA junto a Venezuela y Cuba.

“Puedo hablar en voz bien alta si quiero”. —Fidel
POR MIGUEL BONASSO (Desde La Habana) 14 de Septiembre de 2006

ME había preparado para verlo, pero la realidad fue mucho más fuerte. Incluso le llevaba de regalo un ordenador de viaje. Es decir una suerte de cartuchera de cuero argentino, que en su interior tiene espacios predeterminados para papeles, tarjetas, pasaje, pasaporte, anotaciones varias, todo lo que necesita un viajero. Sé muy bien que Fidel Castro no lleva tarjetas de crédito ni dinero en sus travesías por el mundo, pero el modesto presente encerraba un mensaje subliminal: “Espero que pronto esté bien para volver a viajar”.

Pero una cosa es lo que uno imagina, teme, desea, y otra bien distinta el hecho en sí. De pronto el llamado telefónico: “Esté a tal hora en tal lado”. Y nada más. Podía ser que lo viera personalmente o podía ser que me encontrara con algunos de sus hombres de confianza en una reunión preparatoria. No podía creer en mi buena suerte: era el primer invitado a la Cumbre del Movimiento de los No Alineados que tenía el privilegio de ver al Comandante en su recuperación, como ya lo habían visto antes de la Cumbre Hugo Chávez y Evo Morales.

Estaba tan aturdido que olvidé hasta una elemental libreta de notas por si tenía la suerte suplementaria de que me hiciera una declaración.

Pero al llegar a la cita supe que lo vería. Con sus colaboradores más cercanos recorrí el pasillo como en un travelling cinematográfico donde el visitante ve intensificarse la realidad a medida que avanza: al comienzo los hombres de su custodia vestidos de verde oliva, luego su médico personal siempre derrochando bonhomía, al final del largo corredor un trío compuesto por dos mujeres y un hombre alto, los tres de guardapolvo blanco. ¿Médicos, enfermeros? Por fin una señora muy amable que me introdujo en la habitación. Un cuarto austero, blanco, totalmente despojado de adornos. Fidel, que estaba sentado en una cama, con una mesa blanca y móvil por delante, se puso de pie para darme un abrazo.

Vestía una bata color vino y un pijama haciendo juego y, por suerte, era el Fidel de siempre. Más delgado, es verdad, pero no tanto como lo habían mostrado unas fotos recientes.

“Perdí cuarenta y una libras —me recordó—, pero estoy recuperando peso. Ya casi la mitad de lo que perdí.”

Muchos kilos para quien ya parecía un hidalgo español de prosapia cervantina y ostenta ahora un perfil quijotesco.

Nos sentamos para charlar. Eran las once y media de la mañana habanera de ayer y afuera reverberaba la canícula. El nudo que yo traía en la garganta se aflojó de golpe: puede sonar increíble, pero Fidel estaba tan lúcido y filoso como siempre. El mismo tono confidencial de conspirador que el oyente debe desentrañar, las mismas señas misteriosas o las acentuaciones gestuales de algún hallazgo verbal, alguna orden a sus colaboradores en voz bien alta, para demostrar que puede regresar a la oratoria en cualquier momento.

“Ves”, subrayó. “Puedo hablar en voz bien alta si quiero.”

Pasó un rato largo antes de que me hiciera la confesión que carga de peso existencial esta nota. Arrancó como siempre, apasionado por los hechos colectivos, políticos, poniendo lo personal en un tercer o cuarto plano de sombra. Estaba entusiasmado con el hecho de que Venezuela gane la batalla para ocupar un sitio en el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas. “Genio y figura”, pensé. El tránsito por la enfermedad y la presencia cierta de la muerte no han disminuido un ápice la intensidad de sus sueños y obsesiones.

“No van a poder bloquear el ingreso”, aseguró. Y subrayó que su gran amigo Hugo Chávez Frías se ha convertido en un líder mundial. “Chávez ha ido creando un modelo indestructible. No es portador de un socialismo extremo, sino realista. Indiscutiblemente va a tener éxito en crear un gran partido que reúna y represente a todos los revolucionarios venezolanos. Los diversos partidos que lo apoyaban han respondido bien a su convocatoria para lograr la unidad. Además —agregó— ha prometido realizar todos los cambios democráticamente, consultando al pueblo. No es extremista. Ha prometido cooperar con las capas medias y el respeto y la colaboración con las empresas privadas que acaten los principios de la revolución. Además ha desarrollado programas sociales que no tienen paralelo en el mundo y que lo convierten en un líder imbatible. Pienso que un pueblo tan saqueado como el venezolano merece este cambio. Y veo con alegría el impulso hacia la integración de América Latina, en la que Venezuela será un ejemplo de lo que se puede hacer cuando un país pone sus recursos al servicio del pueblo. Chávez no sólo usa bien esos recursos sino que los multiplica con medidas fiscales que antes no se tomaban.”

Después abordó el tema de la “Operación Milagro”, uno de los programas de salud que más lo apasiona. Y lo hizo con la misma intensidad de siempre. Como si no hubiera pasado por el filo de la navaja dejando en terrible suspenso a millones de personas. Recordó que en apenas dos años, unos 400 mil latinoamericanos habían sido operados de cataratas, pterigium y otras enfermedades de la vista con la nueva técnica oftalmológica desarrollada por los médicos cubanos. Y que todas esas operaciones, muchas de las cuales se habían llevado a cabo en Cuba, habían sido gratuitas, en beneficio de los latinoamericanos más pobres.

Al rato Fidel me ofreció más café, mientras nos sacaban un montón de fotos. Con su sempiterno entusiasmo, me comentó admirado: “Son increíbles estas cámaras digitales”.

Nos íbamos acercando a la confesión. Sobre la mesa había un libro voluminoso. La portada sobria, bien realizada, anunciaba **Cien horas con Fidel**. Y abajo: “Conversaciones con Ignacio Ramonet. Segunda edición. Revisada y enriquecida con nuevos datos”.

Algunos meses antes había visto con inocultable envidia la primera edición de esa megaentrevista en la que el líder cubano pasa revista a su vida y a la historia mundial que lo destaca como uno de sus principales protagonistas. En junio último, el Comandante me había mostrado sus correcciones manuscritas a las respuestas de la primera edición. Las preguntas de Ramonet, obviamente, habían sido respetadas por el entrevistado. A fines de julio, cuando volví a verlo en Córdoba, viajaba acompañado por las pruebas de página, en pleno proceso de revisión y aumento. Pero nunca hubiera imaginado lo que ocurrió tras la operación del 27 de julio.

“Lo seguí corrigiendo en los peores momentos —musitó—. No paré de corregirlo. No creas que lo hice cuando mejoré. Desde los primeros días. Y lo hice no sólo por su contenido sino porque le había prometido al pueblo que lo revisaría antes de publicarlo. Así que pasé muchas horas dictándole a Carlitos (Valenciaga, su secretario). Muchas horas.”

Entonces me miró, con los ojos muy abiertos y esa expresión como de asombro que le redondea la boca cuando tira un dardo decisivo, para aclarar en un tono profundo, pero despojado de énfasis y dramatismo:

“Quería terminarlo porque no sabía de qué tiempo dispondría”.

La sombra del gran límite, de la imposibilidad de toda posibilidad, anidaba todavía en el fondo de la mirada como un fondo de café. Comenté:

“Otra gran batalla”.

Asintió en silencio y agregó:

“Estas cosas te las cuento como amigo y escritor”.

Después se excusó de no poder regalarme el libro por razones protocolares, hasta entregar una copia a los jefes de Estado que concurren a la reunión del Movimiento de No Alineados. A nuestro lado, el infatigable Carlitos Valenciaga —el joven colaborador que leyó la histórica proclama sobre el traspaso de poderes— ponderaba algunas incorporaciones a esta nueva edición aumentada:

“Hay cartas inéditas a Sadam Hussein recomendándole que se retire de Kuwait. Las cartas a Nikita Krushev contextualizadas”.

Sobre la mesa blanca había también un folleto reproduciendo la portada del libro con la siguiente leyenda: “Capítulo 24 - Los sucesos de abril de 2002 y otros temas de América Latina”.

“Está traducido a nueve idiomas”, aclaró Valenciaga. Pedí uno para reproducirlo como anticipo en Página/12, después que se le entregara a los Jefes de Estado. En particular a dos amigos fieles que el Comandante aguarda con impaciencia: Chávez y Evo Morales. En ese capítulo 24, además de las intimidaciones del fallido golpe contra Chávez, el lector encontrará interesantes reflexiones sobre los militares nacionalistas y progresistas de América Latina, como Omar Torrijos, Juan Velasco Alvarado o el propio Juan Domingo Perón. Y referencias agudas a la derrota de Carlos Menem y el triunfo de Néstor Kirchner en el 2003.

Se acercaba el momento de la despedida. La charla se había prolongado durante hora y media. Fidel señaló el modesto televisor que tenía frente a la cama (nada de plasma ni equipo estereofónico) y comentó:

“La tele está cada vez más violenta. Todo es de una violencia extrema. Todo es publicidad y violencia. Desde las ficciones hasta los noticieros internacionales.”

Le dije, con total sinceridad, que me iba muy contento de verlo tan bien.

“Todo en su justo medio”, advirtió, mientras me daba un apretón de manos. “No hay que olvidar que la máquina a reparar ya tiene ochenta años.”

3 de Agosto de 2006

Fidel y el dolor

MIGUEL BONNASO 03 de agosto de 2006

Antenoche recibí un llamado de La Habana que me dejó sin aliento. Un compañero argentino me avisaba: «Parece que Fidel está mal», y de inmediato la conversación se cortó, generando un insoportable suspenso. A los pocos minutos la CNN informaba que Fidel Castro había sido operado y que por primera vez en 47 años transfería transitoriamente sus responsabilidades de Estado a su hermano Raúl.

De inmediato comencé a llamar a todos los amigos de La Habana sin resultado. Las líneas estaban saturadas. Recién a las doce de la noche logré establecer contacto telefónico con uno de los colaboradores más cercanos del Comandante.

«Las cosas son así —me dijo— como se ha informado. Tú conoces nuestra ética y la del Jefe: jamás le mentiríamos ni le ocultaríamos nada al pueblo».

Es cierto. Recordé a Fidel, sentado en una silla, aguantando el dolor de su terrible caída al finalizar un acto, cuando anticipó el diagnóstico de los traumatólogos y le explicó al pueblo cubano (y al mundo) que se había fracturado la rodilla y el hombro derecho.

Antenoche, en el comunicado que leyó su secretario Carlitos Valenciaga, resplandecía la misma seriedad, la misma responsabilidad política, la misma precisión al hablar de radiografías, endoscopías y hasta filmaciones del inquietante sangrado que lo llevaba al quirófano. Era el estilo inconfundible del hidalgo que ha cedido transitoriamente la jefatura del Estado cubano.

El colaborador de Fidel agregó que la operación había sido exitosa y que comenzaba un proceso de recuperación. Sus palabras y el tono de su voz me tranquilizaron. El episodio era serio, grave, pero el amigo confiaba, como yo, en la fortaleza del

paciente, en ese dominio extraordinario que ejerce sobre la realidad su cerebro privilegiado.

Pensé: «Fidel se va a morir cuando él lo decida y todavía no lo ha decidido».

Recordé una conversación que habíamos tenido en el Palacio de Convenciones, hace siete u ocho meses. Parecía abstraído, lejano, pero súbitamente me miró como si regresara del futuro y confesó:

«Lo que necesito es tiempo».

Tiempo para completar lo que él llama la Revolución Energética y le va a significar a la Isla un ahorro anual de dos mil millones de dólares; tiempo para que «Cuba sea económicamente invulnerable, como ya lo es militarmente»; tiempo para reconstruir el Movimiento de Países No Alineados; tiempo para operar de cataratas y pterigium a seis millones de latinoamericanos en los próximos seis años; tiempo para que los educadores cubanos del programa Yo sí puedo ayuden a desterrar el analfabetismo de toda América Latina; tiempo para que prosperen la integración latinoamericana y el ALBA.

Tiempo, en suma, para consumir una gigantesca empresa humanística que parece descomunal, imposible, para una pequeña Isla sitiada de 11 millones de habitantes y 110 000 kilómetros cuadrados, que sobrevive a fuerza de dignidad, a 90 millas náuticas del monstruo. Que nadie espere encontrar aquí una «nota objetiva»: tengo el extraordinario privilegio de contarme entre los amigos personales del Comandante Fidel Castro. Es un honor que me concedió hace poco más de tres años. Antes lo miraba como todos los de mi generación, desde una respetuosa distancia. Lo veía instalado en la cima de la historia mundial, pero ignoraba sus rasgos de humor, sus provocaciones y travesuras, su fidelidad de Fidel hacia los amigos, su desbordada curiosidad por todo lo humano, su imaginación de navegante y sus hábitos inveterados de conspirador. Su real ternura por los desvalidos.

Una madrugada charlábamos en la sala de reuniones del Palacio de la Revolución y empezó a pronosticar lo que ocurriría a causa del gran terremoto que acababa de registrarse en Paquistán. «Pronto vendrán los grandes fríos —me dijo— y los habitantes de los pueblos destruidos comenzarán a vagar sin destino en las laderas de las montañas. Habrá fracturas expuestas, gangrenas y dolor, un indecible dolor humano. Tenemos que hacer algo».

Pocos días después, médicos y paramédicos cubanos comenzaban a viajar a Paquistán hasta completar una generosa brigada de 2 500, que en cuatro meses atenderían a 700 000 pacientes, que permanecerían con temperaturas bajo cero cuando los Médicos Sin Fronteras y los médicos de todas las ONG de este extraño mundo hubieran liado ya sus petates.

En febrero, diez días antes de que mi compañera Ana de Skalon muriera de cáncer en La Habana, él la visitó, como lo hacía con frecuencia.

Se iba ya, cuando se dio vuelta en la sala y le dijo inesperadamente:

«Yo sé que tú luchas, Anita, y me parece muy bien que lo hagas, porque tú y yo pertenecemos a la misma clase de seres humanos».

Ana, desde su agonía, le devolvió una sonrisa.

El día de sus funerales, cuando la condecoró post mórtem como «amiga de Cuba», me llevó a comer con él. No habló de Ana durante el almuerzo, pero mientras me acompañaba a los ascensores, me dijo con una voz inaudible:

«Imagínate lo que sufres tú, lo que sufrió Anita y multiplícalo a nivel universal por los millones que sufren».

Entendí, entonces, lo que le había dicho alguna vez a su amigo Hugo Chávez, que él no creía en la trascendencia del alma, pero aceptaba que el Presidente venezolano lo incluyera entre los cristianos.

Hace pocos días estuve con él aquí, en Córdoba, en la Cumbre del Mercosur. Lo acompañé en el acto, en la visita a la casa familiar del Che en Alta Gracia y en un almuerzo tardío el mismo día de su partida.

Hablamos de todo un poco, junto con otros amigos cubanos y argentinos. Hasta de vinos. De tintos que él saboreó con nosotros.

No soy clínico, pero lo vi bien. Animado, optimista. Contento porque a solo 24 horas de finalizada la Cumbre ya le había comprado a nuestro país cereales y alimentos por cien millones de dólares. En el palier del hotel saludó a todos los miembros de la Embajada cubana y a los policías federales y de Córdoba que lo habían custodiado y querían retratarse con él.

Luego se fue, envuelto como siempre en multitudes. Así lo quiero ver, muy pronto, arropado en el cariño y la admiración que se merece. **(Tomado de Página 12)**

Fuente: Granma



Información disponible en el sitio ARCHIVO CHILE, Web del Centro Estudios “Miguel Enríquez”, CEME:

<http://www.archivochile.com>

Si tienes documentación o información relacionada con este tema u otros del sitio, agradecemos la envíes para publicarla. (Documentos, testimonios, discursos, declaraciones, tesis, relatos caídos, información prensa, actividades de organizaciones sociales, fotos, afiches, grabaciones, etc.)

Envía a: archivochileceme@yahoo.com

NOTA: El portal del CEME es un archivo histórico, social y político básicamente de Chile. No persigue ningún fin de lucro. La versión electrónica de documentos se provee únicamente con fines de información y preferentemente educativo culturales. Cualquier reproducción destinada a otros fines deberá obtener los permisos que correspondan, porque los documentos incluidos en el portal son de propiedad intelectual de sus autores o editores. Los contenidos de cada fuente, son de responsabilidad de sus respectivos autores.

© CEME web productions 2003 -2006